

**F**UIMOS vecinos de calle y com de infancia, razón por la que por punto, podemos relatar la de su vida, no por vulgar me interesante: al fin es la de un héroe del y merece la pena de ser conocida. Gum era hijo de un guardia municipal, asturia le llamaban Don Benítez, y de una robu jira natural de San Antonio de los Baños, De talia, a ratos comadrona, y mientras su s lo permitió, lavandera de varias casas pa res: en la suya no se daban ejemplos más honestidad, trabajo y cristianismo.

Apenas contaba Gumersindo doce años, ya la entró la coñezón de ganarse la v sus propias manos, y no porque en tan cor le agujoneasen deseos y caprichos impro ella, sino porque tan al pie de la letra to precepto divino que nos manda ganarnos tento con el sudor de nuestra frente, qu hacerlo él pareciale incurrir en la más gra que pudiera cometerse; y así que, siendo te púsose a pensar el modo de que se valdr no ser una carga enojosa a su familia. A por las calles hizo el aprendizaje de esas ñas industrias que son el sustento de esos a quienes se llama «busca vidas»; y cuand a su casa, llena la memoria de sus corre rumbo, figurábase ser, ya un acreditado fi te de papalotes, ya dueño de una pequeña pia frituria, ya establecido en uno de los so de la Plaza del Vapor fungiendo de com en naranjas, plátanos y mangos, contando nancias semanales y regocijándose con reposo y esa primera vanidad del dinero que va camino del orgullo y el egoísmo tista. Estas ideas, esperanzas y planes vag en Gumersindo una manía que llenaba te instantes, y a ponerlos en planta y realiza rigíanse sus esfuerzos, con la firme resol no hacer otra cosa en su vida.

Así fué que, apenas en los albores de y admiran estas que podríamos llamar co cías.

antiguo: Dios la tenga en su san  
 fatalia era crotilla de aquell  
 y retirado del servicio:  
 o decía el salvaguarda Don H  
 le había esclavizado la voluntad  
 en las locuras y falacias de aqu  
 no pregón dítase que se dormía  
 ostener y prolongar la última nota d  
 la Linda de Jesús María...  
 aquí ha llegado señores  
 multo dándole vueltas a la mortu  
 stas, su figura alicada recordaba a la  
 le le vela por las calles con su arma  
 como un hombre honrado que era; p  
 sino se buscaba, y se buscaba siem  
 acordando a todas las fiestas del bar  
 Pasaron los años y pasaron; y la lin  
 el «busca vida» volvió como siempre a  
 nas en la camisería. Después de la hu  
 papeletas de empeno y alcanzaba una  
 arda al lado y siempre a...

puso su dueño en venta «por tenerse que «sentar», cor  
 Según decía el anuncio de los periódicos. jas  
 pa  
 mo  
 ag  
 ne  
 etc  
 no  
 lib  
 bu  
 jo  
 da  
 lar  
 sus  
 en  
 E  
 tin  
 cor  
 en  
 da  
 tas  
 chu  
 de  
 una  
 «Si  
 cise

Hasta donde puede ser una tienda de esta cla se, era aquella grande y espaciosa; pero con todo, a veces resultaba insuficiente a contener el nú mero crecido de los compradores. Gumersindo pudo ver entonces que la vida no era «un entreti nimiento»; cada noche recogía una experiencia, y un observador que le hubiese estudiado, habría sor prendido el lado flaco que pudiera un día doblegar aquella alma, al parecer tan templada. Allí a la frituria de la esquina iban por la noche la holga zanería y el capricho, a comprar la comida hecha y estimulante; el ser anónimo y callejero que se engulle una salchicha, y se va, y vuela al día siguiente, y siempre hace lo mismo; el club de las esquinas compuesto de vagos y rufianes; todo lo que en el barrio había de bullanguero y chis moso; y a última hora, cuando no hay curiosos indiscretos; el caballero de levita, de fisonomía triste y cansada; el pobre padre cesante que arro ja sobre el mostrador la peseta que le ha dado un amigo, y con la que compra de lo que «se da mucho y satisface más». Gumersindo hacía dinero pero el olor constante de la manteca friéndose, y el de las especies de que se saturan los vestidos del freidor, se le agarraba a la garganta y le des componia el estómago, por lo que un día Gumers indo vendió la tienda, y para seguir «buscándose la vida», mandó construir el armatoste del caso, y se hizo baratillero: acaso a ello le obligara tam bién la nostalgia de las calles, del aire libre y el sol, que a veces le asaltaba en la penumbra hu mosa de la frituria...

—¡Agua de Colonia! ¡Encajes de Valencia!

El baratillero es la tienda de ropa ambulante; es para las mujeres del pueblo el mostrador llenó de colorines; detrás de él se le van los ojos, y cuan do oyen su pregón, paran la aguja y salen a la ventana, aunque no sea más que para verlo pasar envuelto en la oia flotante de los encajes y las cintas. Recordando su época de dulcero, pensaba Gumersindo que niños y mujeres llegan a pare cerse bastante. Las cabecitas llenas de lazos y los rostros empolvados reemplazaban a las caritas go losas y sonrientes; pero en el fondo de los ojos, brillaba la misma llama incierta y fogaz del alma de pajarillo, nerviosa y volandera.

Tenia un gusto especial y atinado para engala nar y abastecer aquel armatoste que llevaba sobre los hombros con agilidad y gracia, pareciendo que no pesaba más que una pluma: cintas, bordados, piezas de percal y de hilo, esencias, jabones, en pequeña escala todo lo que se encuentra en los establecimientos de ropa y en las perfumerías con tenia aquel cajoncillo que una vez desvestido de tantas baratijas no era mayor que la gaveta de una cómoda. Cada tercer día se vaciaba y había que llenarlo de nuevo. Gumersindo bautizó su tienda ambulante con el nombre de «La Linda de Jesús María», y toda aquella parroquia, agra decida del título y seducida por la simpatía del vendedor, podía contarse como suya. «La Linda» iba de casa en casa. Al llegar cesaba el ruido de las máquinas de coser, y el coro de costureras lo rodeaba, curiosas, preguntonas, pasándose de ma no en mano unas a otras actua...

cor  
 jas  
 pa  
 mo  
 ag  
 ne  
 etc  
 no  
 lib  
 bu  
 jo  
 da  
 lar  
 sus  
 en  
 E  
 tin  
 cor  
 en  
 da  
 tas  
 chu  
 de  
 una  
 «Si  
 cise  
 I  
 cos  
 cuy  
 pel  
 rill  
 «Fe  
 de  
 lar  
 gón  
 U  
 na  
 nos  
 en  
 hor  
 go  
 jag  
 se  
 Ha  
 cia  
 I  
 no  
 ya  
 de  
 con  
 gón  
 cru  
 a l  
 pie  
 Y  
 exa  
 con  
 y e

**F**UIMOS vecinos de calle y compañeros de infancia, razón por la que, punto por punto, podemos relatar la historia de su vida, no por vulgar menos interesante: al fin es la de un héroe del trabajo, y merece la pena de ser conocida. Gumersindo era hijo de un guardia municipal, asturiano, que le llamaban Don Benítez, y de una robusta guajira natural de San Antonio de los Baños, Doña Natalia, a ratos comadrona, y mientras su salud se lo permitió, lavandera de varias casas particulares: en la suya no se daban ejemplos más que de honestidad, trabajo y cristianismo.

Apenas contaba Gumersindo doce años, cuando ya la entró la comezón de ganarse la vida por sus propias manos, y no porque en tan corta edad le agujoneasen deseos y caprichos impropios de ella, sino porque tan al pie de la letra tomaba el precepto divino que nos manda ganarnos el sustento con el sudor de nuestra frente, que el no hacerlo él parecía incurrir en la más grave falta que pudiera cometerse; y así que, siendo tan niño, púsose a pensar el modo de que se valdría para no ser una carga enojosa a su familia. Andando por las calles hizo el aprendizaje de esas pequeñas industrias que son el sustento de esos hombres a quienes se llama «busca vidas»; y cuando volvía a su casa, llena la memoria de sus correrías sin rumbo, figurábase ser, ya un acreditado fabricante de papalotes, ya dueño de una pequeña y limpia frituría, ya establecido en uno de los soportales de la Plaza del Vapor fungiendo de comerciante en naranjas, plátanos y mangos, contando sus ganancias semanales y regocijándose con el dulce reposo y esa primera vanidad del dinero ganado, que va camino del orgullo y el egoísmo del rentista. Estas ideas, esperanzas y planes vagos, eran en Gumersindo una manía que llenaba todos sus instantes, y a ponerlos en planta y realizarlas dirigíanse sus esfuerzos, con la firme resolución de no hacer otra cosa en su vida.

Así fué que, apenas en los albores de ella, ya y admiran estas que podríamos llamar coincidencias.

Hay, sin embargo, otros elementos de su estructura que hablan elocuentemente del misterio profundo que se cierne sobre el monumento funerario y sobre la raza de sus constructores.

#### REVELACIONES MATEMATICAS

Una indiscutible verdad matemática nos revela el coloso de los desiertos africanos, siendo Herodoto el primero en ponerla de manifiesto.

La proporción entre los lados de la base y la elevación es tal, que el área de cada una de las caras de forma triangular es igual al cuadrado construido sobre la elevación vertical. Al verificarse esta proporción, otra no menos importante ley matemática vino a revelarse. Comprobóse que la relación del perímetro de la base de la gran pirámide a la elevación vertical es igual a 3.14 multiplicado por dos, o sea la relación de la circunferencia del círculo a su diámetro. Entonces, si se toma como unidad el perímetro de la base, es de uno a dos pi. Esto nos demuestra que este monumento excepcional y único es la materialización del misterioso número designado por los matemáticos con el nombre de la letra griega pi; como también, en cierto modo, la realización del famoso problema de la cuadratura del círculo, en tiempos en que la ciencia aun no había pensado en plantear tal problema.

Y, continuando con las curiosidades matemáticas de la pirámide de Cheops, diremos que la superficie de la sección hecha en la misma por el plano meridiano está en relación al área de la base, como uno es a pi.

Y llegamos a lo más admirable, a lo que más sorprende a la moderna y progresista ciencia, en esa tumba real depositaria de tantas admirables revelaciones. La altura de la gran pirámide es la mil millonésima parte de la distancia media, recientemente descubierta, que hay entre la tierra y el sol; siendo su peso la mil billonésima parte del de la tierra.

Por consiguiente, estas dos magnitudes encuéntranse materializadas y realizadas desde tiempos



estaba Gumersindo instalado de papalotero en el zaguán de la casa de vecindad en que vivía. Llevando a aquél un recado, trayendo a éste un encargo, y con el producto de la venta de un viejo «remontoir» de níquel que a sus manos había llegado sin saber él mismo cómo, reunió el dinero suficiente para comprar la materia prima, y aún le sobraron algunos reales para el arreglo y decorado del establecimiento, que se reducía a una tosca mesa hecha por él con tablas de cajones de bacalao, varios cacharros para el engrudo y la pintura, y encima, colgado del techo, y a manera de cielo raso, un hermoso «coronel» de vistosos y llamativos colores que al par servía de muestra y de reclamo; luego, clavados en las paredes, banderines azules, rojos, amarillos, rosa. No tardó mucho en reunirse allí toda la chiquillería del barrio, atraída por la charla del papalotero y los efectos de su tienda, que, a decir de la menuda marchan-

inmemoriales en ese descomunal centinela del pasado, que resume en su cuerpo todo el misterio de una raza sublime.

La unidad de medida usada por los antiguos egipcios era el codo; pero para la construcción de la gran pirámide, y solamente para ella, empleóse exclusivamente otra unidad llamada codo sagrado. Se encontró que tal medida es la diez millonésima parte del semieje polar de la tierra, estando contenida 365.30 veces en el lado de la base del monumento. Este número es, con muy pequeña diferencia, el de los días del año y, considerando que los lados son cuatro, su conjunto indicaría que se necesitan las fracciones de cuatro años para formar el bisiestro. Si se toma como unidad de medida la pulgada piramidal, o sea las veinticinco avas partes del codo sagrado, se verá que la medida del día, o sea la distancia recorrida por la tierra en un día, siguiendo su órbita, es de cien mil millones de pulgadas piramidales. Ello nos demuestra que se ha encontrado en la gran pirámide una expresión tan sencilla para aquella magnitud, como no ha podido expresarse en metros franceses

tería, superaban en mucho a los otros de su clase. ¡Qué algarazara la que armaba en aquel zaguán la turba infantil de compradores! La misma alegría y sonora ventolina de Pascua parecía decir al pasar encajonada entre las casas: —¡A darse prisa muchachos, que esta tarde los espero allá arriba!...

Jugando a ser comerciante, sacaba Gumersindo de aquel juego un diario que le permitía todas las mañanas dejar en su casa una peseta; y aunque no era gran cosa, y más se comía él ahora con el apetito que se le había desarrollado trabajando, sentábase ufano a la mesa, y hasta puede decirse que, como pagaba su puesto, lo ocupaba por entero, amplia y cómodamente, con el tranquilo aplomo del que posee una cosa por derecho. Ibá tomándose infulas de hombre y cuando pasó la temporada de Pascua, aunque tenía en el oído las exclamaciones que su habilidad despertaba en la marchantería infantil, recogió los cacharros, rifó el «coronel» a «perra» la carta, y de la mesa mostrador se hizo un «ablero». Se avecinaba junio con sus aguas.

Era el oficio más penoso, pero también más productivo; y era doblemente penoso por la carencia de utensilios en que se encontraba nuestro obrero, cuyo capital no le alcanzaba a hacerse como él quisiera de grandes y relucientes charolas, brillantes pallas de cobre limpias y relucientes como el oro, una infinita variedad de cuadros y de moldes semejanado palomas, estrellas y corazones, y lo mejor, una de esas cocinas americanas de amplias hornillas y para todos los usos. Pero esta vez, como siempre, puso Gumersindo en práctica su ingenio, y allá en el fondo del bullicioso patio se instaló con sus anafes y sus sartenes, y con ellos salió tan victorioso de su empeño, que al encontrarle por la calle con su limpio y aseado tablero surtido de blancas tablillas de coco, dorados quesos de almendra y esponjosas y aromáticas rosas de maíz, no podría imaginarse uno que fueron hechos entre la chismografía escandalosa de las comadres, y en un rincón del patio de una casa de vecinos, obstruido de trastos, y soplando él mismo las hornillas, a falta de fuelle, ora con sus pulmones, ya con el ala de un sombrero viejo...

A las tres de la tarde ya estaba todo listo, y con su tablero al hombro se echaba el dulcero a la calle, llamado por niños, madres y criadas. Y como era pulcro y comedido, y los padres veían en él un hombre que se «buscaba la vida», cada vez era mayor su popularidad y su crédito, creciéndole la venta de tal modo, que ya pagaba en su casa, no sólo su diario para la comida, sino también lo que en proporción le correspondía del alquiler del departamento. Don Benítez se hinchaba de orgullo cuando le hablaban de su hijo; y la madre, Doña Natalia, intentó comprarle los utensilios que le hacían falta, pero Gumersindo tenía ya otras aspiraciones, porque como él decía «aquellos eran entretenimientos de muchachos», y él aspiraba a mayores empeños. Con sus ahorros no tardó en encontrar una ventajosa proporción, y ésta fué la compra de una acreditada «frituría» que

o yardas inglesas. Se ve, por todo lo que antecede, que los más recientes descubrimientos de las ciencias exactas encontrábanse ya materializados e simbolizados en la gran pirámide de Cheops; siendo ella únicamente la depositaria exclusiva de tales manifestaciones de la misteriosa ciencia de los faraones.

Los antiguos papiros y documentos egipcios nada dicen acerca de todas estas revelaciones, existiendo el hecho curioso de no hallarse en la gigantesca obra, en la cual, según los historiadores, trabajaron cien mil esclavos durante treinta años, jeroglífico alguno, ni inscripciones, ni nombres propios reveladores de su historia. Esto, unido a la circunstancia de ser el único monumento en que se empleó el codo sagrado como unidad de medida, hace dudar a los historiadores y egiptólogos de que ella fuera obra de los faraones.

Atribuyéñese, por tal motivo, misteriosos orígenes y también una mayor antigüedad. Algunos la hacen datar del año 5000 antes de nuestra era.